

“Todos Nuestros Males son Transitorios y Tienen en Nosotros Mismos el Remedio Pero la Intervención es un Mal Mayor Porque Suprimirá la República”.

M. Márquez Sterling.

Recomienda la Solucion Cubana Aunque no cree viable por el momento la llamada “cordialidad”

Juzga buenas las condiciones mencionadas de un tercer candidato o de Gabinete Nacional

Pero, Reconoce Que Para las Dos es Muy Tarde.

En este instante de hondas conturbaciones, en que los ideales patrióticos parecen naufragar y ninguna solución franca ofrécese a la República en ruinas; cuando las intemperancias de un régimen que no se modifica, ha ido corrompiendo las entrañas de la administración pública y desmoronando la solidez de todas las instituciones republicanas, conviene interrogar, en la demanda de una orientación, de un juicio sereno, a los hombres de buena voluntad, que jamás han dejado de pensar con Cuba y que se commueven ante el espectáculo de esta miseria moral, ajena a todo sacrificio, que destruye irremediabilmente la obra excelsa de los libertadores. Así, demandamos ayer, de Manuel Márquez Sterling—firme intelecto comprensivo, y carácter siempre orientado a sostener nuestra Soberanía—unas declaraciones sobre el momento difícil porque dolorosamente atravesamos. A esta pregunta respondió el fundador de HERALDO DE CUBA sagazmente.

—Analizado el momento actual—dijimos—sin sectarismos políticos, con el firme y noble propósito de descifrar el porvenir, ¿qué pensamientos le sugiere la desorganización presente; a qué resultados, en virtud de ella, arribaremos; a qué solución viable, según su juicio, pudiera llegarse, para aliviar nuestra crisis moral?

Nos respondió en seguida:

—El momento es demasiado grave para entretener el tiempo en disertaciones bíblicas; y no quiero yo incurrir en el error bizantino de que tan a menudo se tacha a los hombres de letras. El momento es demasiado grave, tan grave, tan emocionantemente grave, que no se debe pensar sino en la manera práctica de darle solución al conflicto en pie: una solución cualquiera, que no sea el extranjero: lo que se vé delante es el “Minnesota”; y contra lo que entiendo nos enfurecidos combatientes, el “Minnesota” es el problema. Que los partidos tengan serenidad para verlo así y surgirá de improviso la solución inutilmente buscada; que los antagonistas consideren ante que sus

propios intereses amenazados, el mal y el desdoro a que se halla expuesta la Patria y la crisis interior encontrará su límite y su remedio; un límite actual y un remedio inmediato. Pasará la crisis angustiosa y las dificultades orgánicas que la originaron continuarán su desarrollo normal conforme a la naturaleza de nuestro régimen y a la idiosincrasia de nuestro pueblo. Depende que así ocurra de un solo punto esencial: que los partidos políticos no prefieran el interventor a la derrota.

Yo no creo que exista poder suficiente en el país que, por sus iniciativas o por su autoridad haga variar en cinco días las condiciones peculiares de la lucha y la batalla final será terrible y desastrosa. Es fácil encender la hoguera y muy difícil apagarla. Otro tanto sucede con las pasiones humanas. Lo indispensable para salvarnos de la catástrofe estriba en apartar los ojos del colegio electoral defraudado y ponerlos en el “Minnesota”; dirigir hacia Mr. Crowder todas nuestras energías cívicas. Y a esto se llegará fácilmente si con la mano en el corazón se reconoce por tirios y troyanos, el hecho incohonestable de que nuestros males presentes a toda evidencia son males transitorios nacidos de nosotros mismos y que en nosotros mismos tienen su antídoto, mientras la intervención suprimiría de raíz la República, y sin la esperanza de bien que anhelamos, el menor mal quedaría reemplazado por otro mayor e inexorablemente definitivo: Si la protesta contra la violación de un derecho ciudadano es honrada y sincera no puede admitir bajo ningún pretexto la eliminación absoluta del ciudadano. Ante la inminencia de este peligro, el otro peligro pasa a segundo término en importancia y trascendencia.

Se repite a menudo, en descrédito de las personas que median en el conflicto, que Mr. Crowder, perentoriamente, defiende ahora con más vehemencia que los cubanos con quienes trata, nuestra soberanía y nuestra personalidad. Las calamidades, en Cuba aparecen siempre acompañadas de insensatez. Mr. Crowder hace hoy, hará después y siempre, la política de los Estados Unidos para los fines que persigue su Gobierno. La República de Cuba no puede tener defensores que no sean los propios cubanos, de igual modo que la limpieza del sufragio, en Cuba, no puede ser sino la obra del pueblo cubano y la señal venturosa del progreso moral y cívico de la sociedad cubana. Cuando en julio de 1919, un

grupo de nacionalistas, presididos por Manuel Sanguily, dimos al país un manifiesto, y sentamos las bases de un nuevo partido regenerador, los liberales, en vez de rectificar sus errores y volver la espalda a los elementos intervencionistas que comprometían su porvenir, diéronla en llamarnos líricos y románticos. Por otra parte yo he oído afirmar mil veces a significados por sonajes que la corrupción administrativa es una realidad nacional y resulta utópico y absurdo oponerse a ella. Pues bien; yo digo: si utópico y risible es enfrentarse a la corrupción administrativa, a la corrupción general, ¿por qué reclaman y exigen, los que de tal suerte discurren, virtud inmaculada a la hora de los comicios? La política no puede, en modo alguno, desenvolverse entre las paralelas de dos morales distintas; y para obtener la pureza del sufragio, hácese indispensable haber hecho antes la pureza y llevarla bien probada y maciza, de la administración pública, del comité político y de los negocios particulares, a las urnas, que sintetizan y compendian los principios de la libertad y la democracia. No se concibe al hombre despreocupado para una clase de fraudes e irreprochablemente virtuoso con respecto a otros.

Insistimos, entonces:

—¿En qué forma, a su juicio, pudiera cimentarse la cordialidad cubana, para qué, rápidamente, cesara la ingerencia, en nuestros conflictos domésticos, de un poder extranjero?

Márquez Sterling, inmediatamente, repuso:

—La cordialidad es, en la hora presente, un afiligran perdido en el fondo del océano, y yo no aconsejo que por buscarla se abandonen iniciativas fecundas, y proyectos realizables. Axiomáticamente, la cordialidad sería magnífica solución; pero a mi juicio, sólo un milagro del cielo nos la podría deparar para mañana. Es la más improbable y no la única solución. La solución de la crisis no se haría esperar si cada partido enderezara sus actos a contener la intervención extranjera, que viene sobre nosotros y día por día se aproxima y nos avisa. No es necesario que haya cordialidad sino patriotismo. Las medidas patrióticas de cada lado, independientemente de la conducta seguida en el otro, produciría el efecto de la cordialidad. Admirable la idea del candidato intermedio y admirable también el Gabinete Nacional; pero uno y otro pertenecen a lo que se llama, en buen lenguaje, política de previsión, de larga vista, y esa política no cabe implantarla de súbito, media hora antes de la refriega. Cuando yo la recomendaba en mis artículos de “La Nación”, estábamos en tiempo; y deben sentirse tristes y arrepentidos los que rechazaron aquella fórmula de sana previsión, e invocaron contra mi “lirismo” las “impurezas de la realidad”. Ligeros los juicios e imprevisos los planes, nada detiene el infortunio que toca a nuestras puertas y se introduce por las ventanas.

Heraldo de Cuba
marzo 11/1921